

Teatro Nacional y Fracaso

por *Sebastián Salazar Bondy*

Desde la fecha de su establecimiento, hace más de ocho años, a los días que corren, la Compañía Nacional de Comedia, conjunto dramático dependiente del Ministerio de Educación Pública, ha realizado la labor que le fuera encomendada de una manera irregular e incompleta. La ley que dió origen a esta importante entidad artística y educativa se inspiraba en el propósito de fundar un elenco teatral que pusiera al alcance de la mayoría las obras más características del vasto repertorio universal y promoviera, además, en forma activa la vocación escénica de los escritores peruanos. De tal suerte, sus tareas tenían un doble fin: procurar al espectador una provechosa ilustración y facilitar a los autores locales la prueba del estreno, fundamental para su posterior perfeccionamiento técnico. Huelga hacer hincapié aquí sobre la influencia y la sugestión que el teatro ejerce sobre las masas y referirse a la importancia que posee para el desarrollo cultural de un país — especialmente del nuestro, que tanto requiere de la objetivación de sus problemas y de la consecuente revelación de las notas peculiares de su personalidad — el fomento del arte de la escena. Baste señalar que las naciones más adelantadas del orbe consideran el teatro como una de las ramas esenciales de la educación popular y que sus gobiernos se preocupan sin pausa por su incremento y multiplicación.

La Compañía Nacional de Comedia — hemos dicho — ha dado cumplimiento a su misión de manera irregular e incompleta. El impulso inicial, que parecía ser anuncio de un sorprendente renacimiento, se interrumpió de pronto. No sólo fué la interferencia de criterios confesionales o sectarios o la errónea interpretación de los objetivos perseguidos por la institución la única causa del decaimiento de dicha dependencia del Ministerio de Educación, sino la merma despiadada e inexplicable de sus rentas — gran parte de las cuales fué dedicada a la nutrición de escuelas e institutos de dudosa seriedad — la que determinó la crisis. Luego de dos o tres temporadas de calidad, las siguientes fueron producto de una imperdonable improvisación, fruto en verdad de cierta prisa por cumplir de cualquier modo con las disposiciones, sin considerar la circunstancia de que los fracasos conspiraban contra la idea rectora de la institución. Se redujo el tiempo de funcionamiento de la Compañía a dos escasos meses y en ese lapso se pretendió forzar a los intérpretes a montar una pieza cada quince días, con la consiguiente inmadurez. Paralelamente, los jurados que elegían la pieza nacional merecedora del premio anualmente concedido por concurso, demoraron la emisión de su fallo. Incorporada a última hora, sin la debida preparación, la obra de autor nacional fué siempre la víctima de la desorganización reinante en la sección ministerial respectiva. Para como de males—

y esto es testimonio evidente de cuán desamparada se halla la desdichada Compañía Nacional de Comedia — el Teatro Segura, de propiedad municipal, le fué muchas veces arrebatado para ser concedido a grupos, sociedades o compañías de zarzuela de infima categoría, cuyo efecto sobre la sensibilidad del público resultó siempre contraproducente.

Si se llegara a comprender intensamente la importancia educativa que tiene el teatro y cuán profunda puede ser su acción en la formación espiritual de los ciudadanos, se prestaría mayor atención a la marcha de la Compañía Nacional de Comedia. En este momento, ni autores, ni directores, ni actores demuestran tener mayor interés en intervenir en la temporada de este conjunto oficial. Las condiciones de trabajo son precarias, las remuneraciones insuficientes, los resultados artísticos pobres y el desprestigio entre los espectadores creciente. Lo más atinado por parte de las autoridades competentes sería suspender por éste y el año siguiente la presentación de la Compañía, no con el objeto de poner fin a su incierta vida, sino con el ánimo de fortificarla por medio de una reorganización total y definitiva. En primer término, urge convertirla en una Compañía permanente, que trabaje todo el año en la elaboración de una temporada larga. En segundo lugar, es necesario proyectar la construcción de un local propio o, en su defecto, la habilitación de alguno ya existente, para impedir en lo sucesivo esos atropellos municipales que constituyen el regateo, la negación o el desahucio de la sala que la entidad ocupa. Por último, se impone la tarea de ampliar los servicios artísticos de la Compañía — que no por azar o capricho lleva el adjetivo de Nacional — hacia las principales ciudades de provincia donde la cultura florece en forma incipiente, no obstante el interés ávido y disponible de la población.

Según la información publicada en LA PRENSA hace unos pocos días, la Sección de Teatro Nacional anuncia para el próximo junio la iniciación de la temporada correspondiente al presente año. Por las declaraciones del Jefe de esa dependencia se sabe que, a pesar de la decisión, la formación de la Compañía encuentra graves dificultades. Compromisos contraídos anteladamente por algunas figuras representativas de nuestro teatro profesional impiden su contratación por el conjunto, y la solución de recurrir a intérpretes del teatro experimental para llenar tales lagunas encuentra serios obstáculos en la reglamentación de las agrupaciones a las cuales ellos pertenecen. Sin embargo, ya está señalada la fecha y bosquejado el repertorio. Es de desear que, conforme es fácil sospechar, no sea el programa que se ha de ofrecer este año otra prueba más de que nada se consigue con la prisa y la imprevisión, aunque todo, infortunadamente, parece proclamar tal fracaso.